

Presentación del libro “Fragmentos de una historia. Córdoba 1922-1955”  
Luis Priamo

(Los fragmentos en cursiva son digresiones producidas al hilo del discurso.)

## RECUPERAR – CONSERVAR – DIFUNDIR

La colección fotográfica Antonio Novello, uno de los fondos del Centro de Documentación Audiovisual de la Universidad Nacional de Córdoba, es un ejemplo extraordinario de aplicación de esos tres principios básicos respecto del patrimonio fotográfico nacional.

Conozco a Silvia Romano, Marta Palacios y Cristina Boixados desde hace casi diez años, y me consta que desde el momento mismo que lograron recuperar la colección de negativos de Antonio Novello para depositarla en el Centro, se plantearon el problema de su conservación según estándares científicos, como así también la difusión más amplia y sostenida posible de sus imágenes. Es decir que no sólo asumieron la responsabilidad de resguardar la colección como investigadoras e historiadoras académicas y profesionales que ya eran, sino como conservadoras incipientes que apenas comenzaban a informarse sobre las técnicas y procedimientos de estabilización de los materiales fotográficos y cinematográficos antiguos (tema en el cual hoy tienen una formación efectiva y gran experiencia). Por lo demás, la idea de hacer un libro como este, “Fragmentos de una historia. Córdoba 1920-1955”, ya estaba presente también por entonces. Que ese propósito haya demorado tanto en concretarse no habla sólo de las dificultades para hacer un libro así entre nosotros, sino de una obstinación ejemplar y de un objetivo de largo alcance sostenido con paciente rigor. Por eso creo que, en primer lugar y para que pueda ser apreciado en toda su trascendencia, este volumen debe enmarcarse en el trabajo del Centro de Documentación Audiovisual de la Universidad Nacional de Córdoba, un emprendimiento ejemplar que, hasta dónde yo sé, luce con muy poca compañía en el ámbito académico nacional.

*En rigor, no conozco trabajos similares a éste en el ámbito universitario de nuestro país. Sé de la formación de archivos fotográficos en las universidades del Nordeste, Mendoza, y del Litoral, pero en ningún caso con los alcances técnicos y de servicio y consulta como el que aquí se desarrolla. En la Universidad de Buenos Aires no hay archivos fotográficos institucionales. De hecho en este momento se está componiendo un libro de fotografías sobre la Universidad y sus diversos ámbitos, integrado por imágenes de 1961 y actuales. Las primeras pertenecen a la gran fotógrafa Grete Stern, que en ese año fue contratada por las autoridades universitarias para realizar un relevamiento de las diversas facultades y el rectorado, con el propósito eventual de hacer un libro. Dicho libro no se concretó nunca y las fotos que tomó Grete son ahora facilitadas por los responsables de su archivo. De hecho, las copias que seguramente entregó Grete en su momento a la universidad han desaparecido. Fue, en suma, el conocimiento de que el archivo de la fotógrafa guardaba la serie de 1961 lo que sugirió a las autoridades universitarias actuales promover la edición del libro que está en curso.*

La importancia de contar en ámbitos universitarios con archivos fotográficos bien organizados y catalogados, tiene que ver con el estímulo natural que ello brinda a los

propios estudiantes para el desarrollo de la investigación iconográfica e histórica en general, y para cualquier otro trabajo concreto con las imágenes. Más allá de las necesarias y sin duda valiosas reflexiones teóricas que se hayan escrito y puedan escribirse sobre el tema, toparse cuerpo a cuerpo con las antiguas fotografías de nuestra ciudad y región e interrogarlas, o disfrutarlas y escuchar lo que ellas tienen para decirnos, o dejarlas caer sistemáticamente en las mentes de nuestros niños confiando en su naturaleza saludable como signos de identidad común, es lo que justifica, da vida y robustece a un archivo.

Entre nosotros todavía no se ha generalizado la utilización cultural de la imagen fotográfica patrimonial. El archivamiento de los documentos de papel tradicionales y su estudio por los historiadores es hoy, y desde hace mucho tiempo, imprescindible para cualquier sociedad, y así lo sienten todas las personas que la integran, aún las más iletradas. Los archivos fotográficos no se perciben, al menos entre nosotros, con ese carácter, incluso en muchas personas letradas, aunque todo el mundo asiente cuando se afirma la importancia de la fotografía como documento del pasado. Creo que esta especie de paradoja tiene que ver con la precariedad de nuestras políticas de recuperación, conservación y difusión del patrimonio fotográfico. De allí la importancia de archivos consolidados y rigurosos como el de la Universidad Nacional de Córdoba y de libros como el que hoy se presenta.

Este libro no sólo proyecta una imagen amplia y reflexiva sobre fotografías periodísticas del pasado común de los cordobeses (y, naturalmente, de los argentinos), para volver sobre sucesos, personas y paisajes de ayer al modo siempre sugerente e incluso misterioso que es propio de la buena fotografía, tanto desde el punto de vista plástico como de su contextualización histórica a través de los comentarios y leyendas, sino que también es una fuerza estimulante para acudir al archivo de la colección Novello y consultar y utilizar sus imágenes. Es decir, este libro es, además de un objeto cultural con su propia entidad de contenido y sentido, la proyección de un trabajo amplio, firme y expansivo con el patrimonio fotográfico de esta ciudad.

\*\*\*\*\*

La colección Antonio Novello es una de las pocas que tenemos en el país en su tipo, es decir un volumen considerable de negativos fotográficos tomados por un fotorreportero y su equipo en una ciudad importante de la Argentina, para uno o más medios periodísticos y en la primera mitad del siglo pasado. Conocemos dos similares, aunque menos voluminosas. Una pertenece a Juan Di Sandro, fotógrafo del diario La Nación de Buenos Aires. La otra a Joaquín Chiavazza, que trabajó en la ciudad de Rosario para distintos medios locales y nacionales.

*Caras y Caretas, cuyo primer número salió en octubre de 1898, fue la primera publicación que utilizó la fotografía con criterio moderno de abundancia y amplitud, ya que allí servía tanto para ilustrar los artículos como para acompañar los avisos publicitarios, que hasta entonces eran apoyados con dibujos a pluma. Por otra parte publicaba mucha información del exterior, particularmente europea (obviamente dirigida al masivo mercado de inmigrantes y sus hijos que ya existía en el país), también ilustrada con fotos que obtenía a través de agencias. La revista conformó un verdadero equipo de fotógrafos que podemos caracterizar, sin duda, como los primeros fotorreporteros que tuvimos. El más conocido de todos ellos fue el peruano Salomón Vargas Machuca, cuyas fotos ya eran publicadas en los medios gráficos porteños a*

*principios de los años noventa. En dichas publicaciones las fotos eran reproducidas a través de copias en dibujos a pluma que se imprimían litográficamente. Recién con el procedimiento técnico conocido como halfthone (los clásicos clisés de plomo que conocimos en nuestra infancia), que comenzaron a aplicarse aquí a mediados de la década del noventa, las fotos pudieron ser copiadas directamente a planchas de grabado e impresas mecánicamente. Otros fotógrafos importantes de fines del siglo XIX y principios del XX que vendieron sus fotos a editoriales de revistas y diarios, libros o postales fueron H.G. Olds, Samuel Rimathé, E.C. Moody, los hermanos Samuel y Arthur Boote y los amateurs de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados.*

Novello, Di Sandro y Chiavazza se desempeñaron en el mismo período. El primero ya era corresponsal de El País y La Tribuna en la década del 10; Di Sandro entró a La Nación en 1914 y Chiavazza tomaba fotos en 1915 por lo menos. Por otra parte, los tres dejaron su profesión entre los años cincuenta y sesenta. Otra cosa que los asimila es que los tres guardaron sus negativos, algo que es natural en profesionales más o menos independientes, como Novello y Chiavazza, pero inhabitual en un fotógrafo de planta, como Di Sandro. El archivo de este último tiene unos 2.500 negativos y otras tantas copias, y lo guarda su familia. Desconozco el número exacto de las piezas que se conservan de la colección Chiavazza, que se encuentra en el Archivo de la Escuela de Museología de Rosario, pero no creo que exceda los 2.000 negativos. Es decir que la colección Novello, con sus 8.000 piezas, es la más voluminosa de las tres, y la primera a la cual se le ha dedicado un libro. De modo que “Fragmentos de una historia. Córdoba 1922-1955” también tiene el mérito de comenzar a cubrir la deuda que tenemos con nuestros pioneros nacionales del reportaje fotográfico en el siglo XX.

*La pérdida de los archivos de nuestros fotógrafos de prensa históricos ha sido dramática. De las primeras grandes revistas (Caras y Caretas, P.B.T.) no quedó un solo negativo, y únicamente de Caras y Caretas se conserva un porcentaje no determinado de copias, aunque dispersas en varias colecciones (conocemos tres: la mayor está en el Archivo General de la Nación; las otras dos pertenecen al Museo de la Ciudad de Buenos Aires y al diario Clarín; de hecho solamente las dos primeras están a la consulta pública). El archivo de P.B.T. se perdió íntegramente. Una idea de lo que eso significa lo da el hecho de que cada número de esta revista tenía más de trescientas fotografías impresas, entre las tomadas por sus propios fotógrafos o sus corresponsales y las que compraban a las agencias que proveían imágenes del exterior. El archivo de La Prensa, que era, hasta donde sabemos, el más amplio y mejor organizado de los pertenecientes a nuestros grandes periódicos históricos, también desapareció casi por completo (de hecho queda apenas un armario con cajas de placas de vidrio de 9x12 cms., de lo que debieron ser, con seguridad, decenas y decenas de metros lineales de estanterías). El archivo histórico de La Nación (y con esto nos referimos a todo lo registrado en los primeros cincuenta años del siglo pasado) es también muy escueto. De hecho las placas de la colección Di Sandro, que el fotógrafo llevó a su casa con la obvia aprobación de la dirección del diario (un material seleccionado por el autor para sus exposiciones y, en consecuencia, de valor superlativo), son el verdadero corazón de dicho archivo. Creo que esta breve reseña ilustra bien sobre la gran importancia relativa de la colección Novello como bien patrimonial en el contexto archivístico del país (siempre, por supuesto, dentro de los conocimientos que nosotros disponemos al respecto).*

Cuando hablamos de fotógrafos de prensa o reporteros gráficos nos estamos refiriendo a profesionales que se dedicaron, preponderantemente, a servir en la prensa gráfica. Y esto en nuestro país no podía suceder más que en grandes ciudades capaces de sostener tal tipo de publicaciones. Por eso no es casual que los tres pioneros mencionados se desempeñaran en Buenos Aires, Córdoba y Rosario. Otros fotógrafos importantes de la misma época, como José La Vía, de San Luis, que era corresponsal de diarios y revistas de Buenos Aires, fue un reportero gráfico ocasional (por cierto excelente), ya que en su ciudad no había ningún periódico o revista que lo contuviera profesionalmente. Por otra parte, debemos aclarar que si bien la fotografía ya tenía mucha importancia en las publicaciones gráficas fundantes, como Caras y Caretas, los reporteros gráficos en tanto *autores* recién comenzaron a ser reconocidos en los años cincuenta y sesenta. Hasta entonces eran considerados poco más que asistentes del periodista, para cuya columna facilitaban sus ilustraciones. Al respecto creo que podemos afirmar que, en general, dicho reconocimiento ha sido, para los pioneros del reportaje fotográfico argentino (excepto Juan Di Sandro), postrero.

\*\*\*\*\*

Hay libros y libros. Siempre tenemos que alegrarnos cuando se edita un libro dedicado a un autor o a una colección fotográfica, pero es evidente que un trabajo precario desde el punto de vista de la selección, la calidad gráfica o la investigación afectan e incluso bloquean sus alcances respecto del material difundido, y asimismo de los estímulos que debiera producir para interesar al lector en su tema. Libros malogrados, en una palabra, que están condenados a no trascender y, sobre todo, a no permanecer como referencias para la memoria fotográfica del lugar y para la actividad misma de la conservación y difusión patrimonial. En contraparte están los libros trabajados con pasión y responsabilidad, con profesionalidad, que aún cuando no hayan podido contar con los medios técnicos de impresión gráfica ideales nos dan la seguridad de que permanecerán, de que serán una fuente de información solvente para quien investigue temas afines al que desarrollan sus fotos; u ocasión de disfrute seguro para quien busque lo que es habitual tratándose de fotos antiguas, es decir el deleite de *mirar*, de *ver allí* el tiempo abolido; o fuente de inspiración para quienes trabajan en lo mismo. Un referente, en suma, dentro de la cultura de nuestra imagen. Estoy seguro de que eso es “Fragmentos de una historia. Córdoba 1920-1955”.

El libro está precedido por una exhaustiva y precisa información sobre el modo en que la colección Novello llegó al Centro de Documentación Audiovisual de la U.N.C., los trabajos para limpiarla y acondicionarla según normas de conservación científicas, y la investigación sobre su autor principal, Antonio Novello. Las autoras de esta introducción, es decir Cristina, Marta y Silvia, no nos dejan olvidar que las fotos de este acervo tienen autoría múltiple, ya que Novello era jefe de fotógrafos de La Voz del Interior, pero, a la vez, un empresario privado, pues el diario contrataba *con él* los servicios de su equipo de fotógrafos, integrado por Oscar Natale, Rafael y José Ramírez, Miguel Osuna, José Caruso y más tarde sus hijos Juan y Carlos Novello. Este sistema de servicio fotográfico de prensa también es original en nuestro país donde, en todos los casos que conocemos, los fotógrafos eran de planta o vendían las fotos a la empresa como profesionales independientes.

Las autoras también nos dicen que las fotos de la colección Novello llegaron al Centro con escasa o ninguna referenciación, lo cual implica que debieron ocuparse de aclarar y

develar los temas, lugares y personas que ellas registran en arduas y pacientes investigaciones, trabajo que, por cierto, está lejos de haber concluido.

*Este grave problema, desgraciadamente, no es excepcional entre nosotros. Como bien sabemos toda fotografía sin referencias y data pierde un porcentaje importantísimo de su contenido, y con él de su sentido, ya que el mismo está plenamente ligado al tema que registra. Estas condiciones se hacen más críticas, si cabe, con las fotos de prensa, tomadas a propósito de circunstancias de tiempo y lugar e interés público específicas. El archivo de Joaquín Chiavazza también carece, en su mayor parte, de índice. Lo mismo sucede con el Gastón Bourquín, fotógrafo de origen suizo que fue uno de los editores de postales más importantes de la primera mitad del siglo pasado y cuyas placas están en el Museo de la Ciudad de Buenos Aires. Lo mismo ocurre con la mayor parte del archivo de José La Vía; el de Fernando Paillet, de Esperanza, Santa Fe, o el de todas las colecciones que pertenecieron a las empresas ferroviarias que actuaron en nuestro país. Para vergüenza de nuestra cultura debemos señalar que estos últimos archivos tenían, en todos los casos, índices bien cuidados, que se extraviaron o destruyeron después de la nacionalización efectuada en 1948. Todo esto debe hacernos reflexionar sobre la necesidad de extender en los fotógrafos actuales la exigencia del registro cuidadoso de sus colecciones, si es que quieren que sus fotos, cuando lleguen a un museo o archivo público, puedan ser para las futuras generaciones que las consulten todo lo elocuentes que hoy lo son para él.*

La ausencia de los índices originales de la colección Novello también influyó, seguramente, a la hora de organizar la estructura y el relato fotográfico del libro. Con muy buen criterio, las autoras consideraron que la propia hemeroteca del diario La Voz del Interior era la fuente más propicia para referenciar las fotografías; y también para enriquecerlas, como así lo han hecho, con leyendas y comentarios transcritos del propio periódico. Estos escritos no sólo certifican la precisión de las referencias y data, sino que agregan a las imágenes un tono y clima de época muy apropiado. Por último, es evidente que estos condicionamientos de origen obligaron a nuestras autoras a dejar fuera del libro muchas fotos excelentes de las cuales no pudieron obtener referencias. Pero como este no será seguramente el último que hagan, ya habrá ocasión de investigar sobre ellas e integrarlas al segundo o tercer volumen que vendrá...

El segundo texto, de Silvia Romano, trata sobre La Voz del Interior, y reúne en una síntesis muy elocuente su historia, características y perfil periodístico, como así también el lugar que ocupó en el diario la fotografía de prensa, desde el punto de vista de sus temas y de la relación entre publicación fotográfica y desarrollo tecnológico de la empresa. También recorre brevemente la nómina de fotógrafos que trabajaron para el diario, además de Novello y su equipo, y nos ilustra sobre una cierta discriminación intelectual a que eran sometidos los fotógrafos por sus compañeros periodistas en los años treinta. Con el tiempo y la consideración creciente de la fotografía como otra de las formas mayores de expresión sensible, dicha actitud ha desaparecido. Por último, el texto de Silvia me parece un verdadero logro como síntesis de saber académico y prosa de difusión.

Cristina Boixádos se encarga de la última y más voluminosa parte escrita del libro, la dedicada a las fotografías de la colección Novello, ampliamente contextualizadas por excelentes textos dedicados a cada uno de los grandes temas con los cuales se estructuró el relato del libro:

- Rostros y rastros de la política.
- La ciudad y las calles.
- Entre la sociabilidad y el espectáculo.
- Las artes y los oficios.

También aquí estamos, evidentemente, frente al saber de una historiadora profesional que, al hilo estimulante de las fotos de Novello y su equipo, nos brinda un amplio relato donde tienen lugar no sólo los asuntos y temas que las imágenes enriquecen y comentan, sino aspectos diversos de la historia de la fotografía, del país, la provincia y la ciudad, que a la postre es la gran protagonista de esta bella zaga fotográfica.

La composición de “Fragmentos de una historia. Córdoba 1920-1955” responde por un principio que, según mi parecer, debe orientar la selección de las imágenes para un libro de fotografías: seguir el orden natural de la colección, que para el caso ha sido de fotografías de prensa. De allí lo acertado de las autoras ciñéndose al orden original de la producción y al agrupamiento natural de sus temas, que eran los temas del diario, de sus *secciones*, incluso.

Antes de terminar quisiera transmitirles algo de mi experiencia sobre la composición de un libro de fotografías, subrayando las dificultades y angustias particulares que implica su organización y puesta en página, las referencias y datas ya mencionadas, los textos y leyendas que acompañan a las imágenes y, especialmente, la selección de las fotografías y su estructura narrativa, en sentido por supuesto iconográfico. Aquí, una de las características tantas veces mencionadas de las imágenes fotográficas, es decir su polisemia, nos pone frente a decisiones difíciles una y otra vez, ya que en muchas ocasiones una misma foto puede solicitar con toda propiedad su propio lugar en capítulos diversos del libro que integrará. Es como si trabajáramos con pequeños ladrillos visuales que pudiesen insertarse en una y otra pared (cada una con su sentido particular) del edificio iconográfico. Tal circunstancia nos abre un abanico de posibilidades ciertamente rico, pero también nos sumerge en un par de dudas tan extendido como las mismas posibilidades, con todo lo que eso implica en términos de incertidumbre y ansiedad. Porque en la realización de un libro de fotografías no se trabaja solamente con la información de las imágenes y las ideas que ella pueda suscitar en términos racionales, sino con el factor estético y emotivo en general, que es mucho más difícil de precisar y definir, y nos demanda una sensibilidad que nunca estamos plenamente seguros de poseer aunque hayamos hecho diez libros. Omito aquí la presión adicional que significa la conciencia siempre presente de lo extraordinario que resulta poder hacer un libro de fotografías técnicamente cuidado, por la evidente razón de su alto costo, que multiplica el de un libro de texto. La idea de que estamos frente a la única posibilidad de editar una foto significa, obviamente, cargar con un sentido de responsabilidad que muchas veces resulta desmedido. Todo esto, por cierto, no pretende difundir la imagen de que hacer libros de fotografías es un tormento que cargamos estoicamente... De hecho para nosotros es un oficio hermoso y, en razón de su excepcionalidad, poco menos que privilegiado. Sólo quiero que cuando abran este libro y disfruten el encanto y fluidez de su recorrido, no recojan por ello la falsa impresión de que hacerlo fue un trabajo burocrático y simple.

Por todo esto quiero felicitar calurosa y fraternalmente a Cristina, Marta y Silvia y agradecerles este precioso regalo que nos hicieron. A ellas y a todas las personas que

participaron en la publicación, como así también a las autoridades universitarias, que tuvieron la inteligente decisión de sostener este proyecto, y a los sponsors que lo apoyaron. Para finalizar voy a trocar mi papel de presentador por el de publicista:  
**¡Señoras y señores: hoy, esta noche se les ofrece un libro extraordinario a un precio irrisorio! ¡Este álbum fotográfico deleitará vuestra sensibilidad estética, sacudirá vuestra memoria emotiva, acrecerá vuestro conocimiento histórico de la provincia y la ciudad de Córdoba y honrará vuestras bibliotecas! ¡Cómpralo ya, sin demoras ni dudas! ¡No dejen escapar la ocasión...!**

Buenas noches y muchas gracias a todos por acompañarnos.